

PRENSA

Miró: la experiencia de mirar



Miró: la experiencia de mirar

Inauguración: 25 de octubre de 2017/ **Cierre:** 25 de febrero de 2018

Lugar: Museo Nacional de Bellas Artes

Av. del Libertador 1473, Buenos Aires +54 11 5288 9900 www.bellasartes.gob.ar

Horarios: de martes a viernes, de 11 a 20, y sábados y domingos, de 10 a 20

Entrada libre y gratuita

Llega al Bellas Artes una gran muestra de Joan Miró

El Museo Nacional de Bellas Artes inaugura el 25 de octubre, a las 18, la muestra *Miró: la experiencia de mirar*, que se centra en el trabajo del artista catalán Joan Miró (1893-1983) durante las dos últimas décadas de su vida.

La exhibición presenta cincuenta obras, realizadas por Miró entre 1963 y 1981, pertenecientes a la colección del Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía, de España, con curaduría de Carmen Fernández Aparicio y Belén Galán Martín, bajo la dirección de Manuel Borja-Villel y Rosario Peiró.

“La obra de madurez de Miró reformula su apuesta al colocar su pasado bajo la óptica de un futuro incierto e invita a sumergir la mirada en una reflexión sobre qué significa en nuestra cultura capturar y comprender las formas del mundo”, sostiene Andrés Duprat, director del Museo Nacional de Bellas Artes. “En este conjunto de piezas, intenta responder a una pregunta sobre la traductibilidad de una obra, sobre su devenir en el pasaje entre diversos soportes –la pintura, la escultura, la imagen en movimiento–, hasta conjugar su relato de base en una nueva naturaleza”, agrega.

Miró, quien desde los años 20 se mantuvo en el centro del devenir del arte moderno vinculado a los círculos parisinos de vanguardia, inicia hacia mediados de la década del 50 un proceso de introspección, en el que alcanza la máxima simplificación de su universo. En 1956, el artista se traslada a su nuevo estudio de Son Abrines en Mallorca, diseñado por su amigo Josep Lluís Sert. En el taller-vivienda, reúne por primera vez la totalidad de su producción, lo que le ofrece la posibilidad de revisar y redefinir, directamente, toda su obra. En esta época, parte de un motivo casual o fortuito, que puede ser una mancha, una gota, una huella, un objeto encontrado o un elemento natural, recreando, por medio de este impulso, un tema frecuente en su obra: la representación de la naturaleza y de la figura humana. “Miró supera la realidad como referente para convertirla en materia y signo, y construye un lenguaje simbólico esencial que emplea en la resolución de problemas plásticos”, señala el texto curatorial que acompaña la muestra.

La exposición *Miró: la experiencia de mirar* permite acercarse a esta renovación de su pintura, en la que el artista intensifica el trabajo directo en el lienzo, abordando los grandes formatos e incidiendo en las posibilidades del gesto y las cualidades del material. Se encamina así a una simplificación, tanto en la definición de la forma como en el uso del color, para conseguir –según lo que el propio artista declaró en 1959– que “las figuras parezcan más humanas y más vivas que si estuvieran representadas con todos los detalles”.

La exposición –que viajará en marzo de 2018 al Museo de Arte de Lima, del Perú– presenta 18 pinturas, 6 dibujos, 26 esculturas y dos filmes: *Miró parle (Miró habla)*, de 1974, del fotógrafo y realizador francés Clovis Prévot, que incluye una profunda entrevista al artista, realizada en 1972, en Palma de Mallorca, por Pere Portabella y Carles Santos, en la que el pintor repasa toda su carrera; y el cortometraje *Miró l'altre (Miró, otro)*, de 1969, dirigido por Portabella, una de las piezas más importantes de la filmografía dedicada al autor, que documenta la composición y posterior destrucción por parte del artista de un mural sobre la vidriera del Colegio Oficial de Arquitectos de Barcelona.

El catálogo que acompaña la exposición, editado por el Museo Nacional de Bellas Artes de la Argentina, el Museo de Arte de Lima, del Perú, y el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía, de España, se propone actualizar, en el siglo XXI, las lecturas sobre la producción artística de Miró y su posicionamiento ante las inflexiones de la historia. La publicación reúne textos curatoriales producidos por el Museo Reina Sofía, el ensayo “Joan Miró y la solidaridad con Chile”, escrito por la historiadora del arte Andrea Giunta especialmente para esta ocasión, y el artículo “Los proyectos de Miró”, del investigador Charles Palermo.

Como ya es habitual, el equipo educativo del Bellas Artes prepara una serie de actividades que se sumarán a la programación para introducir a los visitantes en el universo del artista catalán. Habrá visitas guiadas a la muestra, actividades especialmente diseñadas para chicos, y talleres participativos para adultos y toda la familia.

Miró: la experiencia de mirar es organizada por el Museo Nacional de Bellas Artes y el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía, con el apoyo de la Asociación Amigos del Bellas Artes, y podrá recorrerse en el Pabellón de exposiciones temporarias del Museo, entre el 25 de octubre de 2017 y el 25 de febrero de 2018, de martes a viernes, de 11 a 20, y sábados y domingos, de 10 a 20, con entrada libre y gratuita.

Mirar

La obra de madurez de todo gran artista puede pensarse como una elegía a su propio derrotero, donde, en una ojeada retrospectiva, aquel entregaría un balance conciso y depurado de su concepción. Es decir, estaría ofreciendo un posible cierre a sus propias lecturas del mundo de las formas, que lo deja estabilizado en un sitio de consagración basado en lugares de eficacia ya probada. Sin embargo, algunos creadores como Joan Miró han reformulado su apuesta al colocar su pasado bajo la óptica de un futuro incierto. Lo que hacen, imprevistamente, es conmover el continente visual que abrieron, invitando a sumergir la mirada en una reflexión sobre qué significa en nuestra cultura capturar y comprender las formas del mundo.

En ese sentido, la exposición *Miró: la experiencia de mirar* –que no casualmente juega en su título con el verbo conjugado en pasado del nombre propio del artista catalán– propone una inmersión en su universo conceptual dominado por el enigma de la analogía. Porque en este conjunto de piezas, Miró intenta responder a una pregunta sobre la traductibilidad de una obra, sobre su devenir en el pasaje entre diversos soportes –la pintura, la escultura, la imagen en movimiento–, hasta conjugar su relato de base en una nueva naturaleza. En las obras, como se puede adivinar por sus títulos, laten los restos de un mito olvidado en el que la mujer-pájaro, simbiosis entre naturaleza y cultura, atraviesa distintos avatares formales; ciertos trazos la definen solo por su vínculo con la traducción a otro registro. Es el pasaje del dibujo a la escultura. Y a la imagen en movimiento.

La mayoría de estas obras encadenadas por el misterio de la analogía muestran personajes abstractos a los que se ha sustraído deliberadamente el drama que los habita. A esas figuras mitológicas se las ha despojado de relato; quedan suspendidas en un instante de peligro donde su más plena fragilidad visual, carente de sustento, las pone al borde de la desaparición. Se abre, así, la posibilidad de interrogarnos por el acto mismo de mirar, en tanto la potencia del lenguaje pictórico reproduce el mundo de las formas al convertirse en objetos de una materialidad contundente. Los trazos cada vez más sueltos, frutos de momentos de trance que Miró persiguió toda su vida como condición creativa, anudan aquellos órdenes de los que procede todo relato: el diálogo entre naturaleza y cultura. Porque qué otra cosa que una puesta en cuestión de la cultura se requiere para entrar en trance y dejar hablar a la pura naturaleza, es decir, retornar a la naturaleza física, al cuerpo, en su pura desnudez, de la que provenimos, y lograr que diga nuestro presente con inocencia y sugestión.

Miró opera sobre la imagen, a la que reduce a un enigma, el mismo tipo de despojamiento que Occidente aprendió a leer en lo que denomina “Oriente”. Pues si hay un artista equiparable a las iluminaciones del budismo zen es Miró, con su simplicidad, con su apertura a una dimensión que prescinde de delimitaciones de sentido, y que, por ende, nada en las arenas del mito con libertad absoluta. De allí que pueda considerarse su obra última, que conforma esta exposición, como un ademán, como un gesto, más que como la formulación de una tesis sobre el mundo. Lo que hay en él son preguntas, esgrimidas sobre la tela con trazos simples, a las que se agrega una incógnita imposible de despejar, pero no por ello menos elocuente. Sus esculturas están allí para señalar algo que aún no acontece, pero que sin duda está relacionado con el pasaje a imagen plana, traducidas a un código que las excede, pero que las completa. La potencia de su estilo acaso estribe en este anclaje final en el que la postulación de un arte reducido a su carácter casi prelógico se vuelve un ansia de refundación de la mirada en Occidente.

Natalia Majluf

Directora

Museo de Arte de Lima

Perú

Andrés Duprat

Director

Museo Nacional de Bellas Artes

Buenos Aires, Argentina

La experiencia de mirar

Esta exposición ofrece la oportunidad de presentar a los diferentes públicos de América Latina la obra innovadora y fascinante de Joan Miró a través de un conjunto de pinturas, esculturas y dibujos, que componen un total de cincuenta piezas procedentes de las Colecciones del Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía de Madrid.

La muestra se centra en la etapa tardía de la producción de Miró, un capítulo que, incluso hoy, se mantiene relativamente ensombrecido, dado el protagonismo de su aportación al arte durante el período de entreguerras e inmediata posguerra. En las décadas de 1960 y 1970, Miró es un artista perseguido por sus signos y en lucha constante con el carácter icónico que pugnaba, desde la historiografía más tradicional, por congelar su figura en el tiempo.

Definir cuál fue el papel de los forjadores de los lenguajes de la vanguardia a partir de la década de 1960, momento en que se inicia el relato de *Miró: la experiencia de mirar*, sigue siendo uno de los desafíos de los museos de arte moderno y de la actual historia del arte. Por una parte, se puede ver en el trabajo de muchos de ellos el canto de cisne de la pintura y un cierto juego autorreferencial, como sucede tanto con este Miró, apresurada e injustamente tildado de crepuscular, como, en gran medida, con el Picasso de las series finales. Por otro, es posible leer a Miró como una figura que atraviesa, de forma algo silenciosa, tanto a la generación que pudo ver en él al padre de una escritura sígnica, base de las tendencias pictóricas imperantes tras la segunda contienda, como al invisible pilar del grupo de artistas que, poco después, declararían el “cambio de paradigma” en las artes.

Tal vez en la paradójica lucha contra ese carácter totémico que se tiende a conceder de manera unilateral y a su pesar a determinados creadores, Miró se rebeló mediante diversas estrategias y entró así, de manera aparentemente espontánea pero sin duda meditada, a formar parte del citado cambio de rumbo en el que el arte del concepto, el arte público y la acción emprendían el particular viaje apátrida en el que aún estamos inmersos. No es casual que, durante los años de entreguerras, fuera acaso el artista más interesado en lo que después se llamaría el diálogo “entremedios”, al dejar que la poesía y la música penetraran en su obra no ya como mera inspiración, sino como estrategia especulativa y constructiva de sus lenguajes.

Esta exposición es posible gracias a la política de proyección internacional de las Colecciones del Museo, fundamental dentro de las líneas estratégicas de la institución. Con ella, se fomenta el contacto con nuevos públicos e instituciones como, en este caso, el Museo Nacional de Bellas Artes, en Buenos Aires, y el Museo de Arte de Lima, favoreciendo, de este modo, el diálogo intercontinental entre comunidades de uno y otro lado del Atlántico, lo que, sin duda, enriquece el aporte de miradas y lecturas en torno a las distintas obras que se presentan.

Miró: la experiencia de mirar ha sido concebida por Carmen Fernández Aparicio, conservadora jefe de Escultura, y Belén Galán Martín, conservadora jefe de Pintura, con la dirección de Rosario Peiró, jefa del Área de Colecciones del Museo Reina Sofía. Quiero expresar mi agradecimiento a las comisarias por la interesante perspectiva que la exposición proyecta sobre la obra tardía de Joan Miró y por la investigación llevada a cabo sobre las Colecciones del Museo, que ha permitido abordar la pintura y la escultura del artista desde un enfoque novedoso e integrador de su etapa final y definitiva. Asimismo, deseo agradecer las contribuciones a este catálogo de Jesús Carrillo, Carmen Fernández Aparicio, Andrea Giunta, Charles Palermo y del director de cine Pere Portabella.

Extiendo mi agradecimiento a Andrés Duprat, director del Museo Nacional de Bellas Artes de la Argentina; a María Inés Stefanolo y a Mariana Marchesi, directoras artísticas de ese museo; a Juan Carlos Verme, presidente del Museo de Arte de Lima, y a Natalia Majluf, su directora. En igual medida, cabe recordar que esta actividad nunca habría sido posible sin el gesto que la familia del artista tuvo con el público mundial al depositar, en 1985, el valioso legado de Miró en el que sería el futuro Museo Reina Sofía. Un hecho del pasado que vale destacar en cada nueva exposición dedicada al creador barcelonés.

Manuel Borja-Villel

Director del Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía, Madrid

Introducción

Carmen Fernández Aparicio y Belén Galán Martín

La exposición *Miró: la experiencia de mirar*, desarrollada a partir de la colección del Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía, se centra en el trabajo del artista catalán durante las dos últimas décadas de su vida. Joan Miró (1893-1983) pasa, en ese momento, por circunstancias vitales y artísticas que le permitieron un cambio esencial en su trayectoria. En 1956, el artista se traslada a su nuevo estudio de Son Abrines en Mallorca diseñado por su amigo Josep Lluís Sert. En el taller-vivienda, reúne por primera vez en un mismo espacio la totalidad de su producción anterior, lo que le ofrece la posibilidad de revisar y redefinir, directamente, toda su obra. Esto provoca que, en adelante, su trabajo se alimente de la relectura de su experiencia plástica, cuyo resultado será la ruptura con la jerarquización de los signos artísticos y la absoluta libertad expresiva. Las obras que realiza en estos años de madurez denotan un lenguaje profundamente personal, en el que no privilegia ni la pintura ni la escultura, sino que, volviendo a los presupuestos iniciales de estas disciplinas, se lanza a explorar sus límites conceptuales a través del cuestionamiento de su propia naturaleza.

Joan Miró, quien desde los años 20 se había mantenido en el centro del devenir del arte moderno vinculado a los círculos parisinos de vanguardia, inicia en aquel tiempo un proceso de introspección, en el que alcanza la máxima simplificación de su universo. En esta época, su producción parte de un motivo casual o fortuito, que puede ser una mancha, una gota, una huella, un objeto encontrado o un elemento de la naturaleza, recreando, por medio de este impulso, un tema frecuente en su obra: la representación de la naturaleza y la figura humana. El artista supera la realidad como referente para convertirla en materia y signo, y construye un lenguaje simbólico esencial que emplea en la resolución de problemas plásticos.

Las pinturas y esculturas de esta exposición profundizan en los aspectos procesuales de la creación presentes en la base de su trabajo desde sus primeras obras. En su búsqueda por trascender la idea del cuadro de caballete, el espacio pictórico se amplía a lienzos de campo expandido, cuyos signos caligráficos alcanzan la mayor intensidad con los mínimos recursos y reflejan el interés del artista por llegar a un grado cero de la pintura mediante el despojamiento y el vacío. También el ensamblaje de objetos encontrados, a los que añade técnicas como el modelado y el vaciado en bronce, le permite desarrollar una obra que domina las posibilidades expresivas de la escultura moderna.

Sin atenerse a las categorías formales, el artista cambia continuamente de medio expresivo, y lleva a cabo un proceso de intervención-reacción en las series en las que trabaja durante largos períodos. Las modificaciones que va planteando repercuten en el equilibrio final del conjunto, reiterando siempre en ambos medios los mismos aspectos conceptuales y resoluciones técnicas: simplicidad, planitud, línea, gesto, ideograma.

Esta creación objetual antidibujo revela la génesis de su trabajo, vinculado a la atenta observación de la naturaleza, patente en esta etapa final. En él, reitera la representación de la mujer (Madre Tierra), imagen ritual de ascendencia milenaria, que constituye la figura más común de la tipología de la escultura popular mallorquina, así como otros motivos relacionados con el firmamento y el paisaje, dotando ahora a esta temática de un carácter de universalidad. Este aspecto se conecta con la voluntad de Joan Miró de superar los fundamentos plásticos tradicionales, para ir más allá del objeto-cuadro-escultura, aprehendiendo la totalidad de la experiencia.